

Amadísimos fieles

Dirigíamos el domingo pasado una mirada rápida al ^{problema} religioso que siempre ha preocupado a la Humanidad. ^{en medio de aquella ignorancia y confusión} que en materia religiosa era tan general, veíamos no sin cierta sorpresa algunos de los filósofos del paganismo llegaron a vislumbrar la verdad y a enseñarla, pero era tan tenue y tan débil la luz que descubrieron, era tan alejado y tan desentendido del mundo el Dios que ellos descubrieron, que los hombres... no se sintieron atraídos por él, los hombres no se sintieron ligados a El... y así a pesar de los esfuerzos de esos filósofos, de esos sabios, el mundo seguía su curso y los hombres aferrados a sus credos y a sus ídolos. Respecto de este problema la novedad de Jesucristo está en que El hace de Dios el objetivo absoluto y último de la vida del hombre, de tal forma que el hombre que ha salido de sus manos no tiene más destino ni más misión que tornar a El, por lo tanto no es Dios quien está al servicio del hombre sino que este es el que está al servicio de Dios. ^{Hoy yo quien necesito de Dios y no Dios de mí y de mis obras.} Nuestra piedad no debe consistir en presentar facturas a Dios - acordaos del fariseo y del publicano - sino en cumplir su voluntad, sabiendo que esta es nuestra obligación y nuestro destino.

Pero no se reduce únicamente a eso la novedad del pensamiento de Cristo respecto de Dios. Hoy nos ofrece Cristo una novedad mucho más fecunda. A través de las páginas evangélicas hay una idea repetida en muchísimas ocasiones, en las parábolas y en los discursos, en público y en confidencias privadas, una idea recalcada con mucha fuerza, una idea que es la nota específica de la Nueva religión... fundada por Cristo, es la idea de Dios Padre. Muchas veces la recordamos en nuestro Credo, muchas veces la decimos inconscientemente "creo en Dios Padre Todopoderoso"... sin darnos cuenta del contenido de la frase. Y estoy por decirlo que nosotros los sacerdotes y los predicadores de la palabra divina tampoco la subrayamos en nuestra predicación esta idea, que debe ser para los cristianos una verdadera idea motriz, una idea-fuerza y más en estos tiempos angustiosos en los que tan negros se ven los horizontes y tan angustiadas las almas, que difícilmente se resisten a la desesperación. Si creemos en Dios... pero a veces nos figuramos lejos de nosotros, inmóvil, en una esfera trascendente o a lo sumo como una fuerza capaz de atraer sobre sí las energías del Universo. Si creemos en el Todopoderoso o en el Señor que gobierna el mundo o el Juez irritado que descarga su ira en esos castigos colectivos, que nos espantan... lo que nos cuesta es ver en Dios al Padre solícito, al padre preocupado por el bien del hijo, al padre providente y bondadoso... y Dios Padre nuestro, nuestro socorro y refugio... Dios bondadoso parece que no entra en esta nuestra mentalidad creada a fuerza de raciocinio, nuestra razón nos habla de la existencia de un ser supremo del que depende todo, de un ser supremo que rige el universo, de un ser supremo infinito y felicísimo en sí... que no necesita de nada ni de nadie.... Aparece sin embargo Cristo en la tierra y empieza a hablar en nombre de su Padre, nos habla frecuentemente de un Padre bueno que tenemos en el cielo, de un Padre que viste los campos de lirios y alimenta los pájaros que no siembran... de un Dios que es Padre nuestro que nos ama hasta enviarnos al mundo a su Unigenito... de un Dios Padre nuestro ~~que~~ sin cuyo beneplácito no cae de nuestra cabeza ni un solo cabello. Esto es lo sublime, esta es la gran novedad de la predicación y enseñanza de Cristo, esto es lo específico y lo fundamental en la nueva religión, en las relaciones que desde este momento guardarán los hombres y Dios. Lo sublime es que nosotros los cristianos llamemos con todo derecho a Dios Padre.

Hoy como quien dice nos hemos familiarizado con este término y acaso también con la idea por él representada (no digo que hayamos derivado todas las consecuencias que él encierra) y nos cuesta creer que en otro tiempo no haya podido ser así. Nos cuesta darnos cuenta de la tragedia del hombre, que siempre ha sido de carne y hueso, siempre ha sido débil y pecador, y no veía en Dios más que al guardián celoso de su autoridad y de su dignidad, al fiscal inflexible que tiene puesta su mirada en el exacto cumplimiento de la ley que él tan fácilmente violaba arrastrado por sus pasiones. Verdad que en los pueblos primitivos siempre ha e-

xistido esta invocación de Padre para dirigirse a Dios y ordinariamente junto a las divinidades que tienen creen en un Dios Padre que está sobre ellos y al que no se le han de ofrecer sacrificios sino que se le ha de venerar silenciosamente. Pero la misma Historia de las religiones nos enseña también que en la vida religiosa de los primitivos esta creencia en Dios se presentaba tímida y quedaba ahogada por un sinúmero de conceptos supersticiosos. Grecia Y Roma no conocían en Dios a su Padre, ni Buda le vio como tal ni Mahoma le anunció de esta manera. Aun más ni siquiera el pueblo escogido del Antiguo Testamento llegó a tal concepto. Con ello no quiero decir que estuvieran en el error, sino que su concepto de Dios era deficiente, su concepto de Dios había de completarse en el Nuevo Testamento. Para el pueblo hebreo Dios no era más que el Señor que daba sus órdenes en medio de relaciones de pagos y castigaba las transgresiones con severidad hasta en las generaciones posteriores. De ahí el temor casi inconciliable de que estaba lleno el pueblo hebreo delante de Dios y cuyo resultado era el no atreverse a pronunciar siquiera el nombre de Dios.

Ya lo hemos dicho. Nuestro Señor aparece con el dulce nombre de Padre a flor de labios... Abba... Padre nuestro. Este es el momento emocionante en que se descubre el velo que ocultaba antes a la divinidad rodeada de misterios que inspiraban temor; ahora le vemos a Dios, que no es el Señor cruel que nos mira como a esclavos ni tampoco un comerciante, con quien se pueden hacer negocios a la manera de los ruseos, sino que es nuestro padre misericordioso, que rebosa de caridad, que a todos nos ama. No es tampoco el severo guardián que se preocupa exclusivamente de asegurar y mantener por todos los medios la observancia de los mandamientos. No es fisco que tiene su mirada puesta en el cumplimiento de la ley. Dios es Padre. Le interesa no solamente la observancia de la ley muerta sino también el hombre vivo. Ley y doctrina para Él no son fines, sino medios que ayudan al hombre descarriado, enfermo a llegar al corazón de Dios de donde salió como el canal es el cauce abierto que hace que el agua sin desparramarse llegue donde tiene que llegar. En tanto se reduce la corriente o el torrente a los límites del canal en cuanto esa limitación es necesaria para que el agua llegue a su destino. No es canal el que merece la atención y la preocupación preferente si o el agua. De la misma forma si es que Dios trata de dirigir el cumplimiento de sus leyes por medio de los castigos y premios, ello es debido a que Dios quiere que el hombre, esa criatura que ha salido de sus manos vuelva también a su regazo, paternal. Levantar interirmente al hombre, enfermo, salvar al que estaba perdido es el acto más grande y noble de Dios. No son los sanos los que necesitan del médico sino los enfermos. No piensa el padre terreno en rechazar al hijo si siente una chispa de amor para este. Menos el padre celestial infinitamente más bondadoso.... si vosotros siendo malos sabéis dar cosas buenas a vuestros hijos, como queréis que os abandone vuestro padre celestial, si vosotros no le dais un escorpión al hijo que os pide un pan, cómo queréis que el Padre celestial se haga sordo a vuestra justas suplicas?

De esta gueto el tono fundamental de la piedad en el Nuevo Testamento es el amor y así los preceptos y las leyes todas del Nuevo Testamento se sintetizan en el amor. Lo dice expresa mente el Señor "Amarás a Dios de todo tu corazón, con toda tu alma y con todas tus fuerzas y al prójimo como a ti mismo" Esta es la plenitud de la ley nos dice san Pablo. Cristo enciende una nueva pasión, la pasión del amor filial al Padre celestial. Qué sensación de hanchura y libertad debió sentir en este momento el hombre, que para ser justo, para llegar a agradar a Dios se veía abrumado por las 613 reglas o mandamientos que eran necesarios cumplir al pie de la letra. Cristo todo lo simplifica reduciendo no a unos cuantos mandamientos sino a uno solo que es el "amarás a Dios y a tu prójimo" y todo lo demás se reduce a esto, santificar las fiestas será honrar a Dios, respetar a los padres amar al prójimo, no matar, se reduce a la custodia de lo que es lo más caro, su vida, no fornicar es la defensa de un bien espiritual y de un derecho que si estuviera sancionado por Dios reduciría la sociedad a una horda o manada de bestias... y así los demás... De esta forma da Cristo una nueva orientación a la vida del hombre, orientación teocéntrica, que arrebatándole al hombre de los intereses mezquinos y terrenales, da empuje a su vida, movida no ya por el temor sino por el amor, amor a Dios que es Padre, amor a Dios que se ha hecho acreedor a nuestro amor haciéndose uno de nosotros, habitando en nuestra carne en medio de nosotros, siendo compañero de nuestra existencia. Por eso no somos los cristianos como esos filósofos paganos que tras un esfuerzo se inclinaban ante un S

Señor que gobierna el mundo. Es el mismo Dios en persona quien ha bajado hasta nosotros. Se ha hecho de nuestra raza -exclama el cardenal Mercier en una hermosa página de su obra Vida Cristiana -ha torado sangre de nuestras arterias, el aliento de nuestros pechos, se ha puesto al nivel de nosotros, participando de nuestra comida, adoptando nuestro lenguaje, pisando nuestro suelo, asociándose al trabajo de nuestras manos, para después penetrar en nuestros sentimientos purificándonos y ennobleciéndonos. Y entonces, cuando pude creer que le comprendíamos, cuando por los lazos de la sangre había llegado a ser hermano nuestro hermano, he aquí que se nos revela como Dueño de los elementos, de las almas, de las sociedades, se declara Hijo de Dios, Dios El mismo y nos invita a invocarle bajo el nombre de Padre. Tal es nuestro Dios y tal es Jesucristo, su Hijo, consubstancial a El.

Dios es nuestro Padre... Aquí el tema merece la pena de detenernos un poco en sacar las conclusiones que se derivan de esta fecunda verdad, de esta consoladora verdad, que hay que recordarla hoy más que nunca, pues una de las consecuencias que de ella derivamos es la providencia de Dios. Si queridos fieles, cuando cada mañana los periódicos aparecen con esos títulos espantosos de miles de víctimas de la guerra, del hambre, del odio y de la ferocidad de los hombres, cuando parece que el mundo es el caos en el que nadie se entiende y nadie se preocupa de arreglarlo, cuando estas conmociones que estamos sufriendo parecen decirnos a voz en cuello que en mundo no existe más fuerza rectora que los cañones y los aviones y la ambición y la soberbia de los hombres.... hoy es preciso que nos detengamos contemplando esta verdad consoladora de la providencia de Dios que es nuestro Padre hoy siempre... y que como padre gobierna el mundo.